

Crónica de un portero que no quiere ser vigilante

‘Esclavar’

Pizzeria Di Carlo. La pizza que recordaves

Nova pizza cabrini+2 pits de pollastre per només 9,95 euros

Dissabtes d’Itàlia: 3 pizzas petites per 17,90 euros; 3 pizzas mitjanes per 21,30 euros; 3 pizzas familiars per 32,40 euros

En la mesita de la entrada, la propaganda de las pizzas (peperoni, anchoas, salsa Jalisco...): Pizza Inn (“El mejor sabor de la pizza en barrio”), Ready Pizza (“Ready steady go!”) y Telepizza (“Nova FCBpizza”).

Aburrido como una ostra en el Foro Económico Mundial de Davos.

Inhibido como el Danubio a su paso por Dunaj, en Eslovaquia.

Enjuto como un perrito destripado en la feria de julio.

En el bloque de edificios de protección oficial X, en la calle Y, en la zona de Besòs de Barcelona, las horas muertas se calientan con un radiador de 230 vatios.

Bloque recién construido, de unos veinte pisos, la mitad desocupados. A treinta metros de la promoción, el cartel del Ajuntament: “Habitatges protegits per a joves. Cal estar inscrit al registre de sol·licitants d’Habitatge amb protecció oficial de Barcelona”.

Aburrido como un activista político en el centro comercial Columbia Mall, en Maryland.

Inhibido como la decadencia de la aristocracia.

Enjuto como un tobogán abandonado.

“Yo hago más de doce horas de trabajo, pero no me quejo, esto es lotería, otros están peor”, dice con el mohín crédulo de los ocelotes, aburrido, inhibido, enjuto.

El marroquí M (Rabat, 1980), que desde 2005 vive en Barcelona, trabaja como portero auxiliar, “no vigilante”. Su función consiste en custodiar la escalera de vecinos del bloque de edificios de protección oficial: “Muchos creen que aquí hay oficinas”.

Tú.—Realmente, ¿cuántas horas haces?

M.—No puedo decir, la empresa no deja decir las horas, sería perjudicar a la empresa.

Tú.—¿Estás sindicado?

M.—No sirven para nada, los sindicatos están supeditados al Régimen. No mandan. El Gobierno decide.

Tú.—Pero juntos, mejor, ¿no?

M.—Si te compras un piso, te *esclavan* [por te esclavizan], a todos les esclavan, y los tienen cogidos. Son mafias internacionales.

Tú.—¿Qué hacías en tu país?

M.—Yo era zapatero, pero eso, hoy, no vale para nada. No se puede competir con los chinos, te hunden. No quiero criticar a los chinos, pero la realidad es que han hundido el mercado.

Tú.—Pero tienes trabajo...

M.—Por eso digo que es una suerte, que hay gente peor que no alcanza mes. Antes éramos tres personas las que cubríamos el horario de todo el día, pero ahora somos dos. Mejor eso que nada. El trabajo es lo que hace que sigas la vida. Donde hay trabajo, va la vida.

Tú.—Exactamente, ¿cuál es tu función aquí?

M.—Vigilo. Y, de vez en vez, vienen personas, rumanos, pobres, que quieren entrar.

Tú.—¿Familias enteras?

M.—No, vienen de uno en uno, preguntan directamente, y miran de entrar, y si se meten en el piso, traen la familia. Eso ya nos pasó en otro sitio.

Tú.—Y ¿qué haces entonces?

M.—Soltar mentiras, y llamar a la policía. Son gente que si se mete en los pisos, ya no puedes hacer nada.

Tú.—¿Vienen a menudo?

M.—De vez en vez.

Tú.—Y ahora pasas el rato como puedes.

M.—Ayuda mucho internet.

Tú.—¿Tienes ordenador?

M.—No, teléfono móvil. Estaba viendo las noticias, la reunión de los socialistas... Qué mal.

Tú.—Bueno, hacen lo que pueden.

M.—Con el gran capital no se puede luchar. No siempre se puede hacer lo que a uno le da la gana. Es como los niños, hay que obligarles a estudiar. Uno tiene que saber sus derechos, y el Estado tiene que manejarlos.

Tú.—Hay que poner límites, claro.

M.—Siempre, los niños tienen más poder que los padres.

Tú.—Pero se ha de invertir para tener unos buenos servicios sociales...

M.—Para tener buenos servicios sociales se ha de tener una buena economía.

Tú.—¿Cómo está Marruecos?

M.—Fatal, para que esté bien tiene que tener independencia.

Tú.—No entiendo, acaso no es ya independiente...

M.—Marruecos nunca ha existido, nunca. Marruecos no es Marruecos. Marruecos es un producto de Francia, lo que dejó Francia.

Tú.—A ver si mejoran las cosas...

M.—Todos tenemos aquella esperanza.

Jesús Martínez